



Todo estaba lleno de palabras, pero él estaba vacío, triste y solo. Sentado en un rincón comenzó a pensar. Y pensando, se dio cuenta de que hablaba consigo mismo. Y hablando consigo mismo, se dio cuenta de que tenía palabras en la inteligencia, en el corazón, en las manos. Y se puso alegre y feliz. Y se levantó de un salto para buscar más y más palabras.





Se fue a buscarlas por todos lados. Como pudo, las atrapó. Cogía y cogía. Aprendía nuevas palabras de todos los idiomas del mundo, que pululaban por ahí. Ya sabía dar gracias de cuarenta formas distintas. Con la cabeza, sonriendo. Con el corazón, amando. Con las manos, abrazando. Hasta con los pies, acercándose a los demás. Aprendió a vivir rodeado de ellas y a quererlas. No estaban solo en los libros, aunque allí había muchas y muy originales y diferentes. También estaban en el patio, en las plazas, en las cocinas, en los juegos. Las maestras cuidaban de esas palabras. Las mamás y los papás las querían. Y su mundo se convirtió en un lugar bello. Y cada vez que miraba, decía algo. Y cada vez que escuchaba, recibía algo nuevo.





En su habitación ya no cabían más. Estaban por todos lados. En el suelo, en la mesa, en la cama, en la silla, en las paredes, hasta en la puerta. En cada rincón. Y un fin de semana, que no podía salir de su casa a buscar más, se puso a ordenarlas. Puso música, con más palabras. Y la música comenzó a llamar a unas y otras. Bailaban y se unían. Formaban frases largas, oraciones. Luego párrafos. Se quedaron en hojas y hojas, llenando cuadernos. Cada palabra tenía su lugar y su momento y se quedó allí grabado para siempre. Y como en un gran álbum de recuerdos, memorias, alegrías y tristezas, los almacenó con cariño. Las guardaba para cuidarlas y quererlas.





Tenía tantas que ya no sabía qué hacer con ellas. Pero un buen día, rodeado de amigos y amigas, lleno de amor y agradecimiento, decidió compartirlas todas y sacarlas de nuevo. Las soltó y liberó de los libros. Las dio a conocer a sus compañeros. Y volvieron a sonar y ser escuchadas. Volvieron a ser como música para los oídos. Acercaron a muchas personas a verlas. Se reunieron multitudes para aprenderlas. Se ayudaban unos a otros y se volvían a admirar de que fueran tantas, tan diferentes y originales. Y se le ocurrió regalar una especial a cada uno, como recuerdo. Junto a su mejor amiga, desde su casa, miraba a la Luna y se alegraba a ver lo lejos que habían llegado.